

## XXV

Esta mañana, al despertarme, he tenido un arranque de dolorosa esperanza.

La ventana había quedado abierta y me encontraba helado.

Me he apretado la frente con las manos, y me he dicho que todo aquel cieno no podía existir y que soñaba la infamia a gusto mío. Salía de una pesadilla horrible; agitado aún por la visión, sonreía al pensar que todo había sido un sueño y que iba a reanudar mi vida tranquila y de abandono. Negábame a recordar, me rebelaba. Sentía la indignación del honor.

No, era imposible que padeciese hasta tal punto, que la vida fuese tan mala, tan vergonzosa; era imposible que existieran tamaños baldones y dolores semejantes.

Me levanté sin hacer ruido y me dirigí a la ventana, a fin de aspirar con todas mis fuerzas el aire matutino. Vi a Santiago debajo de mí, silbando tranquilamente y mirando al patio. Entonces se me ocurrió la idea de bajar a interrogarle; era la suya una inteligencia fría y recta, que calmaría de fiebre que me devoraba; era un hombre

honrado que contestaría con franqueza a mis preguntas, que me diría si amaba a Lorenza y cuáles eran sus relaciones con ella. Allí quizás encontraría mi curación; de una vez se alejaría de mí el terrible calor que me devoraba el pecho, confiaría en Lorenza, y adoptaría una prudente línea de conducta, que nos apartaría, tanto a ella como a mí, del amor desesperado y sangriento en que nos hallábamos sumidos.

Ya lo veis, hermanos; tocando ya al término del terrible desenlace, todavía sustentaba esperanzas. ¡Oh, pobre corazón mío, niño grande, a quien cada nueva herida vuelve más joven y más ardoroso!

Al pasar por delante de Lorenza, para ir a casa de Santiago, la miré un instante, dormida, y, después de tantas lágrimas, esperé nuevamente la redención.

Encontré a Santiago en su trabajo; tendíome la mano lealmente, con sonrisa clara y franca. Miréle al rostro, de hito en hito, y no supe ver en sus apacibles facciones la traición que en ellas buscaba. Si aquel muchacho me engañaba, no sabía qué hacía sangrar mi corazón.

—¡Hola!—me dijo riendo,—por lo visto ya no eres perezoso. Los hombres serios como yo, son los que se levantan a las seis.

—Escúchame, Santiago—le contesté;—me siento enfermo y vengo a curarme. He perdido la conciencia de cuanto me rodea, y hasta de mí mismo. Esta mañana, al despertarme, he comprendido que el sentimiento de la vida huía de mi lado, viéndome como perdido en el vértigo y la ceguera. Por eso he bajado a estrecharte la mano y a pedirte ayuda y consejo.

Estudiaba en el rostro de Santiago el efecto de mis palabras. Púsose serio y bajó los ojos; no re-

velaba la actitud de un culpable, sino casi la de un juez.

Y agregué con vibrante acento:

—Tú vives al lado mío y sabes cuál es mi vida. En los comienzos de ella, tuve la desgracia de tropezarme con una mujer que ha pesado sobre mí y que me ha aplastado. Por mucho tiempo la he conservado al lado mío, tanto por lástima como por justicia. No vengo a pedirte que emplees tu saber para separarme de ella; quiero, si es posible, que me des las últimas esperanzas, acallándome la fiebre, y haciéndome ver que no todo es baldón en mí. Te lo he dicho ya: no me conozco a mí mismo. Hazme el favor de escudriñar mi sér, de ponérmelo sangriento ante los ojos. Si nada tengo de bueno, si me veo mancillado de alma y de cuerpo, estoy resuelto a acabarme de hundir, a anegarme en el cieno. Si, por el contrario, consigues darme una esperanza de redención, haré nuevos esfuerzos para remontarme a la región de la luz.

Santiago me miraba y movía tristemente la cabeza.

Tras breve silencio, continué:

—Ignoro si me comprendes bien. Amo a Lorenza con delirio, y exijo que ella me siga en la luz, o en el lodo. Me moriría de terror si me dejase solo en la ignominia; estallaré mi corazón cuando llegue a persuadirme de que ella, en su envilecimiento, ha encontrado besos que no son los míos. Con toda su miseria, con toda su fealdad, es mía; nadie querría nada con tan infeliz criatura; esta idea me la hace más cara, más preciosa; es indigna de todos y yo solo la acepto; si supiese que otro había de tener mi triste valor, mi celoso frenesí resultaría tanto más grande, cuanto que haría falta mayor amor, mayor abnegación a aquel que me robase a Lorenza. No discutas, pues,

conmigo, Santiago; nada tengo que ver con tus ideas de la vida, tu voluntad y tus deberes. Yo estoy muy por cima, o muy por bajo de ti para seguirte en tu camino. Tú, que tienes juicio sano y recto, procura sólo darme la seguridad de que Lorenza me ama, de que yo amo a Lorenza y que la debo amar.

Mientras hablaba me animaba, me estremecía y sentía que mi frenesí iba en aumento. Santiago, cada vez más serio, me miraba, y en voz queda:

—¡Pobre muchacho! —decía,—¡pobre muchacho!

Luego me cogió las manos y las tuvo en las suyas, recogíendose y guardando silencio. Mi cuerpo ardía y el suyo se hallaba sereno; sentía contraérmelo el rostro, e inútilmente me buscaba en el suyo, que permanecía grave y persuasivo.

—Claudio—me dijo por último,—tú sueñas y vives fuera de la vida, en la pesadilla y en la mentira. Tienes calentura, deliras; tu corazón y tu cuerpo se hallan enfermos. Embargado por tu dolor, no ves las cosas de este bajo mundo tales cuales son. Prestas dimensiones monstruosas a los montoncillos de arena, y empequeñeces las montañas; tu horizonte es el del vértigo, poblado de terroríficas visiones, que no son más que sombras y reflejos. Te juro que tus sentidos y tu alma se equivocan, que percibes y que amas lo que no existe. Vaya, comprendo tu enfermedad y hasta conozco las causas. Tú habías nacido para un mundo de pureza, de honor; venías a nosotros sin defensa, sin norma, con el corazón en la mano y con el espíritu libre; tenías el inmenso orgullo de creer en el poderío de tu amor, en la justicia, en la verdad de tu razón. En otra parte, en un ambiente digno, habrías crecido en dignidad. Entre nosotros, tus virtudes han apresurado tu caída. Has amado, cuando era preciso aborre-

cer; has escuchado a tu conciencia y a tu corazón, cuando sólo debías dar oídos a tus placeres y a tu interés. Y por eso eres infame. La historia es desconsoladora; bien castigado debes de encontrarte en tus fierezas, que te impulsaban a vivir apartado de los juicios de la multitud. Hoy la herida es sangrienta, avivada, irritada por tus propias manos, que la desgarran. Has arrastrado en tu caída el ardimiento de tu carácter, has querido perderte por completo, desde que has sentido que la punta de tus pies se sumergían en el mal. Ahora te revuelcas con santo horror, con ímpetu de amargo goce en el innoble lecho en que te has echado. Te conozco, Claudio; llevas en ti la peor de las derrotas; no quieres ser vencido a medias. ¿Me permites, a mí, al hombre práctico, al hombre sin corazón, que trate de curarte, aplicando a tu herida el hierro al rojo?

Hice un ademán de impaciencia y desplegué los labios.

—Sé lo que has de decirme—repuso Santiago con viveza mayor.—Vas a decirme que no quieres curarte y que mi hierro al rojo ni siquiera hará estremecer tu carne, ya sobrado magullada. Sé también lo que piensas, pues en tu rostro veo reflejados tu cólera y tu desdén. Crees que los demás valemos menos que tú, los que no amamos y no sabemos llorar; crees que nosotros hemos hecho esta sociedad, y esa mujer por quien padeces; que somos unos ruines, unos crueles, y que nuestra manera de ser jóvenes es más vergonzosa que tu amor y tu envilecimiento. Y vienes a gritarme, a mí que vivo tranquilo en el mismo cieno que tú, que te mueres de vergüenza, y que yo no tengo alma si no me muero contigo. Fácil es que tengas razón: yo debería sollozar, retorcerme los brazos. Sólo que no siento en modo alguno la necesidad de llorar; no tengo tus nervios de mu-

jer, tu aspereza ni tu delicadeza de sensación. Comprendo que sufras por mí, por los demás, por todos los que aman sin amor, y yo tengo lástima de ti, pobre niño grande, que me parece sufrir de una enfermedad que me es desconocida. Si no puedo subir hasta ti, exponerme a tus vergüenzas y a tus dolores por sobra de alma y sobra de justicia, quiero cuando menos, para curarte, darte nuestra vileza y nuestra crueldad, arrancarte el corazón y dejarte el pecho vacío. Entonces andarás erguido por la senda de la juventud.

Había alzado la voz, y me apretaba las manos con fuerza, casi montando en cólera. Así debía de ser la pasión de Santiago; pasión incolora, compuesta de razonamiento y de deber. Yo, pálido ante él, con la cabeza medio vuelta, sonreía de desprecio y de congoja.

—¡Tu Lorenza—continuó con energía,—tu Lorenza es una mujerzuela! Es fea, es vieja, es una mujer indigna. Vas a subir a tu casa y a plantarla en la calle; bastante en sazón está para el arroyo. Hace más de un año que esa mujer te corroe y te mancilla; hora es ya de que arrojes la gusana de tu cuerpo, de que te purifiques, de que te laves las manos. Sé lo que son las sorpresas de la carne; querré a Lorenza una noche, si ella lo desea, y si tan mal pensamiento me pasa por la cabeza; al día siguiente devolveré al arroyo lo que del arroyo es, y quemaré azúcar en mi habitación. Sube, arrójala por la ventana, si no quiere salir al instante por la puerta. Sé cruel, sé felón, sé injusto, comete un crimen; mas, por amor de Dios, no tengas a una Lorenza a tu lado. Esas mujeres son un empedrado por el que se anda; pertenecen al que pasa como losas de la calle. Despojas a la multitud, reteniendo para ti sólo una propiedad que es del público. La justicia aquí consiste en no robar a nadie. No te sirvas como

avaro de la propiedad que es de todos. Mira, estoy buscando algún insulto para sacarte de quicio; querría hacerte digno de tu época, enseñándote a injuriar a la mujer, a servirte de ella prácticamente. De un año a esta parte ¿qué has hecho más que llorar?; hete ya muerto para el trabajo, apartado de la clase que te corresponde en sociedad, y cerrado todo porvenir. Lorenza es el ángel malo que ha matado tu inteligencia y tus esperanzas. Hay que matar a Lorenza. Espera, que me queda todavía una última infamia con que azotarte el rostro. Viviendo con esa mujer, no tienes derecho a vivir pobre; si trabajases, si luchases solo, podrías morirte de hambre, y morir más grande aún. Los contados amigos que tenías se han alejado; les has visto separarse de ti, uno por uno, con frialdad; ¿no sabes lo que dicen? Dicen que no se dan cuenta de cuáles son tus medios de vivir, que no comprenden cómo puedes mantener una querida; los ricos, al dar limosna, dicen lo mismo de los pobres que tienen perro. Y estos amigos agregan que hay cálculo de tu parte y que comes el pan que Lorenza se gana en otra parte.

Levánteme con movimiento brusco y con los brazos apretados fuertemente con el pecho. El insulto me había herido en pleno rostro; el frío me había cubierto la faz; sentíame rígido, helado, e ignoraba ya si padecía. No creía haber llegado a tal grado de envilecimiento en la opinión de las gentes; había deseado un baldón voluntario, pero jamás la calumnia.

Retrocedí paso a paso hacia la puerta, mirando a Santiago, que se había levantado también y que me miraba con soberbia violencia.

Cuando estuvo en el umbral:

—Oye — me dijo, — te vas sin estrecharme la mano, y veo que no me perdonarás la herida que acabo de infligirte. Ya que soy villano y cruel,

tengo que proponerte la última infamia. No te habré martirizado, no habré soliviantado tu repugnancia sin curarte. Envíame a Lorenza; me siento con valor para tenerla en mi poder una noche; mañana tu amor habrá muerto y arrojarás de tu lado a esa mujer que ya no te pertenecerá. Si te hacen falta otros amores para apresurar el consuelo, sube a arrodillarte ante el lecho de María, y ámala. No te será molesta mucho tiempo.

Hablaba con cólera reconcentrada y fría, con grande y desdenosa convicción; parecía como que pisoteaba todo amor, a aquellas mujeres de que se servía por capricho y por moda; miraba en derchura delante de él, cual si viese a su edad madura felicitarle por las calculadas vergüenzas de su juventud.

Así, Santiago, el hombre práctico, se daba de mano con Paquerette; ambos me aconsejaban un cambio indigno, un remedio más doloroso, más amargo que el mal.

Cerré la puerta con violencia, y subí la escalera, casi tranquilo, estúpido de dolor.

Hay momentos de desesperación en que la inteligencia se pierde, en que los acontecimientos que se suceden se mezclan entre sí y carecen de sentido. Cuando volví a encontrarme delante de Lorenza dormida, olvidé que acababa de ver a Santiago, y no volví a recordar sus consejos ni sus insultos; el corazón y el entendimiento de aquel hombre parecíanme oscuros antros, a los cuales yo no podía bajar. Hallábame solo, frente a frente con mi amor, como ayer, como siempre; sólo me dominaba ya una idea, la de despertar a Lorenza, estrecharla en mis brazos y constreñirla a la vida y a los besos.

Despertéla y la cogí con arrebató en mis brazos, estrechándola hasta hacerla gritar. Hallábame poseído de un furor mudo, de una voluntad impla-

cable. Estaba ya cansado de hallarme fuera de Lorenza, de ignorar lo que pasaba en su interior; encontraba más sencillo el ser ella misma. Decíame que así acabarían las sospechas, que la obligaría a que me amara, inflamando su corazón con mis caricias.

Hacia dos días que Lorenza no me había hablado. El dolor le hizo romper el silencio. Forcejeé y me gritó con áspero acento:

—Déjame, Claudio, me haces mal. ¡Vaya un modo de despertarla a una, ahogándola!

Me arrodillé en el suelo, a la orilla de la cama, y tendí las manos hacia mi verdugo.

—Lorenza — murmuré con dulce acento, —háblame, quíereme. ¿Por qué eres tan cruel? ¿qué te he hecho para que tus labios y tu corazón se obstinen en guardar silencio? Sé leal, hazme padecer todas mis penas en una hora, o arrójate en mis brazos y vivamos felices. Dímelo todo, ábreme de par en par tus pensamientos y tus afectos. Si no me amas, asesta un buen golpe, destrózame y vete. Si me amas, quédate, quédate, pero en mi corazón, muy cerca, y háblame, háblame siempre, pues tengo miedo cuando te veo muda y sombría días enteros y mirándome con ojos de muerta. Siento que la demencia se apodera de mí en ese desierto a que me arrastras; siento el vértigo al inclinarme sobre ti, tan profunda de obscuridad, de silencioso horror. No, no puedo vivir un día más ignorando tu amor o tu indiferencia; quiero que te expliques al instante, que te dejes conocer por fin. Mi mente está cansada de investigar, y henchida de las tristes soluciones que ha querido encontrar acerca de ti. Si no quieres que mi corazón y mi cabeza estallen, nómbrate, di quién eres, dame la seguridad de que no estás muerta, de que tienes aún bastante sangre para amarme o para aborrecerme. En camino estoy de la locura. Escu-

cha; mañana partiremos para Provenza. ¿Te acuerdas de los corpulentos árboles de Fontenay? Pues allá abajo, al esplendente sol, los árboles son más altos, más majestuosos. Viviremos una vida de amor en aquella ardiente tierra, que te devolverá la juventud y te dará una belleza apasionada. Ya verás. Sé que en un rincón sembrado de menuda hierba, existe una casita obscura, que verdean por uno de sus lados yedras y madresevas; hay allí un vallado de la altura de un niño, que oculta las diez leguas del valle. Desde allí no se distingue sino el azulado cortinaje del cielo y la verde alfombra del sendero. En ese rincón, en ese nido nos amaremos; será nuestro universo, y en él olvidaremos la vida que hemos llevado en este tugurio. El pasado no existirá ya; sólo el presente, con su esplendente sol, su fecunda naturaleza, sus amores enérgicos y dulces, existirá para nuestros corazones. ¡Oh, Lorenza, por compasión, háblame, quíereme y dime que estás dispuesta a seguirme.

Habíase incorporado en la cama, restregándose con tranquilidad los ojos henchidos de sueño, desenmarañándose los cabellos y estirando los miembros. Bostezaba. Mis palabras no parecían producirle otro efecto que el de una música desagradable. Yo había pronunciado las últimas con lágrimas en los ojos y con tal amargura, que Lorenza cesó de bostezar, mirándome con semblante contrariado y amistoso a la vez. Atrajo la camisa a sus desnudos pies y luego juntó las manos.

—¡Pobre Claudio! — me dijo, —con seguridad estás enfermo. Eres un niño y me pides cosas que no tienen ninguna gracia. ¡Si supieses lo que me cansan tus besos continuos, tus extravagantes preguntas! El otro día casi me estrangulaste, y hoy lloras y te arrodillas ante mí, como si yo fuese la Virgen. No lo comprendo; en mi vida he conocido

a ningún hombre como tú. Siempre estás ahogándome con tus abrazos y preguntándome si te quiero, puestó que permanezco a tu lado, sin que me des un solo sueldo; en vez de enfermar aquí, más valdría que te buscaras trabajo, que nos permitiese comer algo más a menudo.

Tendióse perezosamente y me volvió la espalda, para que no le diera en los ojos la luz de la ventana, que no le dejaba volverse a dormir. Yo había continuado de rodillas, con la frente apoyada en el colchón, destrozado por el nuevo impulso que acababa de asaltarme; me parecía haberme elevado a inmensa altura, y que, impelido por una mano dura y fría, había venido a caer de bruces desde lo alto del cielo. Entonces me acordé de Santiago; mas el recuerdo me pareció vago e indeciso; habría jurado que habían transcurrido años desde que oyera las terribles palabras del hombre práctico.

Mi corazón se confesó muy bajo que aquel hombre tenía tal vez razón en su egoísmo, y me asaltó la rápida tentación de coger a Lorenza a viva fuerza e ir a dejarla en la primera encrucijada.

No me era posible vivir de aquel modo entre Santiago y Lorenza, entre mi amor y mis dolores; érame necesario un sosiego, una resolución; necesitaba quejarme e interrogar, oír una voz que me contestara y que me diera una certidumbre.

Subí a casa de Paquerette.

Nunca había entrado en la habitación de la vieja. Estaba en el séptimo piso, bajo el tejado; era reducida, aguardillada, y recibía la claridad por una ventana oblicua, cuyo vidrio se levantaba por medio de una varita de hierro. El papel de las paredes colgaba en jirones negruzcos; los muebles, una cómoda, una mesa y un catre, se apoyaban unos en otros, para no venirse al suelo. En un rincón, se veía un aparador de palisandro, con file-

tes dorados en las varillas, cargado de objetos de vidrio y de porcelana. El tabuco estaba sucio, atestado de cacharros de cocina desportillados, llenos de aguas sucias; exhalaba fuerte olor a bazoña y almizcle, unido al tufo acre y nauseabundo de la gente entrada en años.

Paquerette se hallaba con toda gravedad arrellanada en un sillón, cuya tela, gastada por algunas partes, enseñaba la lana del respaldo y de los brazos. Estaba leyendo un librito amarillo, lleno de manchas, que cerró y puso sobre la cómoda.

Cogíe las manos y me eché a llorar. Sentéme en un taburete, a sus pies, y, en mi desesperación, a punto estuve de llamarla madre mía. Le conté cuanto me había ocurrido por la mañana, las palabras de Santiago, las de Lorenza; desahugué mi corazón; confesé mi amor y mis celos, y pedí un consejo. Con las manos en ademán de súplica, sollozando, rogando, me dirigía a Paquerette, como a una buena alma que conocía el mundo, y que podía apartarme de aquel lodo en que a ciegas me había hundido.

Sonrió Paquerette al escucharme, dándome golpecitos en las mejilas con los dedos secos y amarillos.

—Vamos, vamos—me dijo, cuando la emoción me había ahogado la voz en la garganta,—vamos, lagrimitas tenemos. Ya sabía yo que un día u otro subiría usted aquí, en demanda de ayuda y socorro. Le esperaba. Lo tomaba usted demasiado en serio y tenía que venir a parar en lágrimas. ¿Quiere que le hable francamente?

—Sí, sí—exclamé,—francamente, brutalmente.

—¡Pues bien! Da usted miedo a Lorenza. En otro tiempo, yo le habría plantado a usted en la calle al segundo beso; besa usted demasiado fuerte, hijo mío. Lorenza está al lado de usted, porque

no puede ir a otra parte. Si quiere desembarazarse de ella, cómprele un vestido.

Paquerette se detuvo con complacencia en esta frase. Tosió y me apartó de la frente un mechón de cabellos que se acababa de deslizar.

—Me pide usted un consejo, hijo mío—agregó.—Yo le daré por amistad el consejo que Santiago le ha dado por interés. Mi consejo le libertará desde luego de Lorenza.

Rióse con malignidad y mi dolor fué más agudo.

—Mire—le dije haciéndome violencia,—he venido aquí para que me tranquilicen. No me trastorne usted el juicio. Es imposible que Santiago quiera a Lorenza después de las palabras que me ha dicho esta mañana.

—¡Ah! hijo mío—me contestó la vieja,—es usted muy cándido y demasiado joven. No sé qué entiende usted por amor e ignoro si Santiago ama a Lorenza. Lo que sé de fijo es que se hociquean, aprovechando todos los rinconcitos. En otro tiempo, ¡qué de besos di yo sin saber por qué! ¡cuántos me devolvieron que venían no sé de dónde! Usted es un joven extravagante, que todo lo hace al revés que los demás. No debería usted tener querida. Si es usted juicioso, oiga lo que ha de hacer; acomódese a las circunstancias, y verá cómo poco a poco, y lo más naturalmente del mundo, Lorenza tomará el portante. Ya no es joven y podría ser para usted una carga importuna. Más tarde llegaría usted a arrepentirse. Preferible es dejar que se vaya, ya que ella está dispuesta a irse por su propia voluntad.

Yo escuchaba lleno de estupor.

—Pero yo amo a Lorenza—exclamé.

—¿Usted ama a Lorenza, hijo mío? Pues bien, no la ame usted más. Y asunto concluído. Se toma y se deja, y eso es la de siempre. Pero ¡gran Dios!

¿de dónde viene usted? ¿Qué idea le ha dado, siendo como es, de entregar su cariño a la primera que pasa por la calle? En mi tiempo se quería de otra manera; más fácil era entonces volverse la espalda que besarse. Usted mismo conoce que en adelante le es imposible vivir con Lorenza. Sepárense ustedes como quien no hace la cosa. No le digo a usted que se quede con María; esa niña le desagrada a usted, y creo que haría usted mejor durmiendo solo.

Ya no oía la voz de Paquerette. La idea de que Santiago había podido engañarme aquella mañana, no se me había ocurrido; ahora hundíame en ella, no acabando de rendirme a la evidencia, sino hallando una especie de consuelo al decirme que me había engañado tal vez. Era una nueva sombra en mi inteligencia, un nuevo tormento agregado a mis tormentos. Iba en camino de volverme loco.

Paquerette continuó gagueando:

—Yo querría formarle a usted, Claudio, comunicarle mi experiencia. Usted no sabe amar. Hay que ser bueno con las mujeres, no zurrarles la badana, y proporcionarles deleites. Sobre todo, nada de celos; si le engañan, déjese engañar, que le querrá mucho más al día siguiente. Cuando me acuerdo de mis amantes, veo a un rubito que se vanagloriaba de haber tenido de queridas a todas las muchachas de los bailes públicos. ¿Ve usted este aparador? es el único recuerdo que me queda; él me lo regaló. Una noche se acercó a mí y me dijo riendo: "Tú eres la única a quien no he amado. ¿Quieres besarme después de todas las demás?" Entonces le besé en ambas mejillas y nos fuimos a cenar juntos. Así es como hay que amar.

Salí de mi anonadamiento y dirigí la vista al lugar en que me encontraba. Sólo entonces me percaté de la suciedad de aquel tugurio y percibí

el tufo del almizcle y de la grasa quemada. Mi fiebre se había disipado y comprendí todo el baldón que suponía mi presencia a los pies de la vieja impura. Las palabras que me dirigió y que mi memoria ha conservado, se han grabado, espantables en mi imaginación, que antes las barajaba sin comprenderlas.

Me faltaron fuerzas para bajar hasta mi morada. Sentéme sobre un peldaño, y lloré toda la sangre de mi corazón.

## XXVI

Soy un hombre sin valor; padezco y no me atrevo a cauterizar la herida. Concibo que Paquette y Santiago tienen razón, que no me es posible vivir en este horroroso tormento que me agita. Para que la muerte no me sobrecoja, no tengo que hacer sino arrancar el amor de mi pecho. Mas soy como los moribundos, a quienes aterra lo desconocido y el no ser. Conozco cuáles son las angustias de mi corazón, henchido de Lorenza; no sé cuáles serían sus tormentos, si se quedase vacío de esa mujer. Prefiero los sollozos de mi agonía a la muerte de mi amor; retrocedo ante los misteriosos horrores de mi alma viuda de cariño.

Siento con desesperación que Lorenza huye de mí. Oprímola en mis brazos como un cilicio que me ensangrienta, que me produce una amarga voluptuosidad. Me despedaza, y no obstante la amo; la amo por cada uno de los agujijones que hace penetrar en mi carne; experimento el doloroso éxtasis de aquellos frailes que morían por los azotes que se daban a sí mismos. Amo y lloro; no

he de negarme a los sollozos, si he de negarme al amor.

Y sin embargo, comprendo que esta pesadilla, cruda y violenta, debe terminar. La crisis se aproxima. No sé cuál de los dos ha de morir. Siento como una angustia que me tiene despierto, que me previene una desgracia próxima. El cielo tendrá compasión; me curará el espíritu y me dejará el corazón; me elegirá para la muerte antes que elegir mis amores.

Esta mañana he visto a un joven y una muchacha que andaban al claro sol. Ambos, estrechamente unidos, adelantaban pasito a paso, sin curarse de la multitud. La muchacha se apoyaba en el hombro del joven; le contemplaba conmovida y sonriente, y él, en una mirada, le devolvía su emoción, su sonrisa. La pareja resplandecía de amor.

¡Hay, pues, amores jóvenes! Mientras yo vivo miserable, obscurecido, destrozado por una horrible pasión, existen, en los efluvios primaverales, amantes que viven de verdadero cariño. No sabía que se pudiese amar de tal modo; creía que los besos habían de ser acerbos y penetrantes.

Ahora lo recuerdo bien. Los amantes discurren por parejas, a la claridad de la luna, en las auras. Van vestidas de telas ligeras. A cada paso se besan con ternura, abstraídos del mundo; viven entre el follaje, entre las multitudes, y siempre están solos. El cielo sonríe, la tierra se muestra discreta, el universo es cómplice. Los amantes truecan sus corazones y viven el uno con la vida del otro.

Por mi parte, aquí me he encerrado. Todo no lo puedo tener. Tengo las lágrimas, la desesperación de amar solo, el silencio, los muertos ojos de Lorenza. ¿Qué necesidad tengo de primavera ni de

amores juveniles? Si los demás tienen su alegría, yo tengo mi dolor.

¡Oh, Señor, tened piedad de mí! no me quitéis mi sufrimiento. No permitáis que esta mujer me cure matando mi amor. Quédese aquí, a mi lado; quédese aquí, fría e indiferente, para prolongar mi tormento. Ya no sé por qué la amo; la amo fuera de lo justo y de lo verdadero; quiérola por quererla, y no quiero que me estorben en la locura de mi pasión. Todo mi sér anonada ante la idea de que puede abandonarme; tengo miedo de la nada. Al perderla, perdería mi familia, todos mis afectos, todo lo que aún me liga a la tierra. ¡Dios mío, no consintáis que me deje en la orfandad!

## XXVII

Me agrada la habitación de María. Por la mañana voy a sentarme a la orilla del lecho de la moribunda; vivo allí todo el tiempo que me es posible y me retiro con pena. En cualquier otra parte pertenezco a Lorenza y me siento acometido por la fiebre. Me acucia el deseo de encontrarme en aquel lugar de sosiego, en el que entro con la sensación de confianza y de bienestar del enfermo que va a respirar un ambiente más puro, del que espera su curación.

Amo a la muerte. La habitación está templada, húmeda; la luz es cenicienta y atenuada, compuesta de sombra y de blanca claridad; todo se mece allí en una languidez postrera, en una semitransparencia suave y recogida. Nadie puede imaginarse cuán dulce resulta al corazón dolorido el silencio que reina en la estancia en que se muere una joven. Aquél es un silencio extraño, particular, de dulzura exquisita, lleno de contenidas lágrimas. Los rumores, el choque de un vaso, el estallido de un mueble, se dulcifican y se arrastran

como sofocados lamentos los ruidos de fuera penetran como murmurios de compasión y de misericordiosas recompensas. Todo calla, el sonido, la luz; todo está penetrado de dolor y de esperanza. Y, en la obscuridad, en el silencio, óyese una vaga desesperación que viene no se sabe de dónde y que acompaña al agitado alimento de la moribunda.

Miro a María y me siento poco a poco invadir por el invisible hálito de compasión consoladora que llena la habitación; en aquella pálida claridad, las lágrimas de mis ojos descansan, y mis oídos, en aquel silencio aterrador, olvidan durante una hora el ruido de mis sollozos. Todas las dulzuras, todas las delicadas atenciones, todas las palabras en voz queda y cariñosas que se dirigen a María, resultan como dirigidas a mí; contiénesse el ruido de las voces y de los pasos, se pregunta, se contesta con cariño, se evitan las sensaciones agudas y dolorosas; y yo a veces creo que tan bondadosas precauciones se toman para no hacer estallar mi pobre ser henchido de dolor. Imagínome que me estoy muriendo, que me cuidan, y acepto parte de los cuidados y de los consuelos, y robo a la moribunda la mitad de su agonía y de las lástimas que produce; voy, al lado de una niña a las puertas de la muerte, a aprovecharme de las penas y de las ternuras que los hombres conceden a las últimas horas de un alma. En la muerte curo mi amor.

Siento que es la necesidad de ser compadecido, de ser acariciado, lo que me impide a aquella habitación. Allí encuentro el aire que me hace falta, la compasión que necesito. La existencia es demasiado aguda para mi dolorida carne; la excesiva claridad me irrita y no me siento a mis anchas sino en el reparador olvido de la tumba. Si llega un día en que me vea libre de mis desespe-

raciones, daré gracias al cielo por haberme permitido vivir sentado al pie de un lecho de muerte y por haberme dejado participar así de las dulzuras de una agonía. Habré vivido porque una niña habrá muerto al lado mío.

Contemplo a María. La calentura purifica su carne un día tras otro; rejuvenece y se convierte en niña en el agotamiento de su sangre. Su rostro, profundamente hundido, expresa un deseo ardiente, el del no ser, el del reposo; se le han agrandado los ojos y sus descoloridos labios están entreabiertos, como para facilitar el paso al hábito supremo. Espera, resignada, casi sonriente, ignorante de la muerte, como ha sido ignorante de la vida.

A veces nos contemplamos el uno al otro, durante horas enteras. No sé qué pensamiento es el que le detiene la tos en los labios; parece llena de una idea única que basta para tenerla despierta, más viva y más sosegada. El rostro se apacigua y aparecen rosados colores en las mejillas; los miembros bajo las sábanas ostentan menos rigidez; María, ante mi mirada, se aquieta, se aparta de la agonía. En cuanto a mí, parece que me absorbo en ella, que hago míos sus sufrimientos; poco a poco, creo pasar al través de sus entreabiertos labios y formar parte de esa criatura enferma; experimento una sensación a la vez dulce y amarga, languideciendo con ella, desfalleciendo con lentitud; siento que el inexorable mal toma posesión de cada uno de mis miembros y que me sacude con creciente violencia, a medida que mis miradas penetran más adentro de las de María; me digo que voy a morir en el mismo instante que ella, y siento una alegría inmensa.

¡Oh! ¡qué singular atractivo y qué tranquilidad! La muerte es poderosa; tiene exigentes tentaciones, irresistibles llamamientos. No hay que

inclinarse sobre los ojos de un moribundo porque resplandecen de luz, y son tan profundos, que sus abismos producen el vértigo. Querría uno ver lo que ven esos ojos agrandados; y nos sentimos llenos de la terrorífica curiosidad de lo desconocido. Cuantas veces María me dirige la mirada, me entran deseos de morir e irme con ella, para saber lo que ella sabrá; creo adivinar que me insta, que me suplica que no la abandone, que sueña con irnos juntos, poniendo en riesgo la misma nada, o el mismo esplendor.

Entonces olvido, olvido a Lorenza. Yo, que veo a Lorenza en todas las cosas, en la vigilia y en el sueño, en cuantos objetos me rodean, en lo que como y en lo que bebo... no la veo en el fondo de los ojos de María. Sólo veo aquella claridad azul, más pálida hoy, que distinguí una noche, mientras que mis labios rozaban los de la niña. La azulada claridad está vacía de mi amor, vacía de dolor para mí; es la única cosa que puedo mirar sin que acudan las lágrimas. Por esto me place esta habitación, esta moribunda, esas intensas miradas, que tienen más pureza, más dulzura que el cielo, pues el cielo también me habla de Lorenza, cuando levanto la cabeza. Vengo aquí a perderme en este olvido, en esta luz clara y serena, toda pureza, que tal vez me curará el corazón.

Cuando anochece y ya no veo la claridad azul de los ojos de María, abro la ventana y miro la negra pared. El cuadro de luz amarilla está delante de mí, vacío o poblado, tétrico o lleno de movimientos silenciosos. Experimento una aguda sensación, tras muchas horas de olvido, al encontrarme frente a la realidad, frente a mis celos y mis agonías. Todas las noches vuelvo a la tarea penosa y gigantesca de encontrar significación a las sombrías manchas, que se agrandan y se mueven de tan rara manera en la pared. Me he cons-